

La historia política

*Marta Bronislaw Duda
Universidad Nacional de Cuyo*

Resumen

Este trabajo, motivado por el auge de la historiografía política, tiene como objetivo general trazar su secular y versátil trayectoria. En su prolongada línea de continuidad, describe las transformaciones y las situaciones de crisis que dieron lugar a profundas inflexiones de sus enfoques temáticos, teóricos y metodológicos. La historia política, considerada primordial durante siglos, criticada por las tendencias científico-sociales del siglo XX, más tarde redimida y puesta en un escenario nuevo por el postestructuralismo, involucrada en las aspiraciones de la nueva historia imperial, ha sido objeto de vehementes reconstrucciones vinculadas a los avatares de la realidad. En los últimos decenios, el redescubrimiento de su importancia ha dado lugar a reflexiones de orden teórico que permiten esbozar su nuevo estatuto disciplinar. Procuramos asimismo detectar su proyección futura en momentos en que la pluralidad de las culturas políticas y las dificultades de las relaciones de poder elevan su pertinencia en los intentos de llegar a una visión de síntesis.

Palabras clave: historiografía, teoría de la historia, historia política, “nueva historia política”.

Abstract

This paper, motivated by the rise of political historiography has as general objective trace its secular and versatile career. In its long line of continuity, describes the transformations and crises that led to deep inflections of their thematic, theoretical and methodological approaches. The political history, considered paramount for centuries, criticized by the scientific and social trends of the twentieth century, later redeemed and

placed in a new setting by post structuralism, involved in the aspirations of the new imperial history has been hotly linked reconstructions to the vicissitudes of reality. In recent decades, the rediscovery of its importance has led to theoretical reflections by allowing discipline outlining its new status. We also try to detect its future prospects at a time when the plurality of political cultures and the difficulties of power relations elevate its relevance in attempts to get an overall picture.

Keywords: historiography, theory of history, political history, "new political history".

La historia política

La historia política se encuentra en la actualidad en pleno auge. Tan antigua como la misma historiografía es, entre todas las formas de escribir la historia, la que nunca ha dejado de despertar la curiosidad de historiadores profesionales y lectores interesados en temas tan cruciales como el ejercicio del poder, la autoridad o las razones de la legitimidad. Desde que Tucídides develó realidades políticas indispensables para el cabal entendimiento de la existencia humana, la pasión por la historia política desplegó una prolongada línea de continuidad que nunca ha sido abandonada, si bien ha atravesado situaciones de crisis que dieron lugar a vaticinios de ruptura y profundas inflexiones. Aquí nos proponemos esbozar su secular itinerario para detenernos en la complejidad de su situación presente, cuando la multiplicidad de las culturas políticas y las dificultades de las relaciones globales de poder justifican una vez más su pertinencia como nivel de análisis.

I

La memoria histórica ha estado ligada desde siempre a la memoria política. Se ha ocupado del poder y, sobre todo, del estado como centro del poder. Las compilaciones contenidas en las más antiguas listas de reyes, anales y crónicas preservan hechos políticos y militares. El surgimiento del relato historiográfico en la Grecia clásica se ha relacionado con la

búsqueda de la legitimación de nuevas formas de poder que desplazaron al sistema monárquico y aristocrático, cuyas glorias habían sido perpetuadas por los poemas épicos. La conocida fórmula de Francois Châtelet según la cual “el hombre se ha hecho historiador porque se ha convertido en ciudadano”, atribuye la decisión cultural y consciente de “hacer historia” a la captación por el hombre de su estatuto político y su accionar en la ciudad-estado.¹ Si bien esta opinión puede llegar a ser objetable pues, como señala Charles-Olivier Carbonell, los primeros historiadores sobrepasaron el particularismo de las ciudades sintiéndose miembros de una comunidad mayor “sin cuerpo político” como lo fue la Hélade,² lo cierto es que los acontecimientos políticos fueron absolutamente privilegiados por la historiografía clásica.

Herodoto asumió las inquietudes y el interés de sus contemporáneos por la temática política en el libro III de sus “Historias”, cuando procedió, por primera vez en la historiografía, a la presentación de las tres formas de gobierno – monárquico, aristocrático y democrático – mediante el recurso de un relato ficcional en el cual dichas constituciones surgen como objetos de discusión entre presuntos conspiradores persas. Sin embargo, por lo general, la paternidad de la historia política se atribuye a Tucídides, quien se encargó explícitamente de enseñar y destacar su importancia. La “Historia de la Guerra del Peloponeso” ha sido, de acuerdo con la voluntad explícita de su autor, una historia “escrita para siempre”, cuya utilidad iba dirigida hacia la práctica política futura. Al ocuparse de la vida política de su tiempo y sus consecuencias militares, Tucídides consideraba haber comprendido la naturaleza humana en sus elementos permanentes. Su objetivo fue proporcionar a los hombres de acción ejemplos de acontecimientos pasados para que pudieran, como lo ha dicho Arnaldo Momigliano, “reconocer

¹ CHÂTELET, F.: *El nacimiento de la historia. La formación del pensamiento historiador en Grecia*. Madrid, Siglo XXI, 1978, vol. I, pp.54-55.

² CARBONELL, Ch.-O.: *La historiografía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pp. 18-19

las causas y prever las consecuencias de semejantes cambios en el futuro”.³

La inclinación hacia la historia político-militar de Tucídides fue continuada por sus sucesores. Consolidada por Polibio, resultó fácilmente transmitida a Roma, donde la vinculación entre historiadores y gobernantes, por lo general, fue mucho más estrecha que en Grecia, cuando muchos historiadores se iniciaban como tales una vez que eran exiliados. Los cambios internos de los estados, sobre todo los problemas constitucionales, fueron los temas del pensamiento político mejor abordados por los historiadores griegos y romanos, a los que se sumó en su momento la magnitud del poder de Roma. La forma preferida de la narración consistía en presentar los sucesos políticos y militares animados por las hazañas de los “grandes hombres” o personajes relevantes.

La historia continuó vinculada a la construcción de los estados. Los cronistas de la Baja Edad Media fueron adquiriendo un tono político cada vez más elevado, que anunciaba la historiografía secularizada del humanismo y el Renacimiento. El creciente desarrollo de la conciencia cívica en la temprana modernidad alentó a historiadores y otros intelectuales a participar en cargos públicos y a servir a los príncipes que representaban a los estados monárquicos. Se reconocía que la historia era esencial para concretar las intencionalidades políticas de los gobernantes, quienes encargaban a los historiadores trabajos de interés dinástico o nacional.

El racionalismo moderno, en su progresiva trayectoria, estimuló las tareas de la erudición y procedió a ampliar el campo histórico en respuesta a exóticas curiosidades fomentadas por la expansión del mundo occidental. En el siglo XVIII se fueron agregando nuevas inquietudes económicas y socio-culturales, integradas en los relatos del pasado por historiadores como Edward Gibbon o filósofos como Voltaire. Sin embargo, la afición a la historia política siguió siendo prioritaria, dedicada en

³ MOMIGLIANO, A.: *La historiografía griega*, Barcelona, Crítica, 1984, p. 55.

adelante a la exaltación de los ideales republicanos y liberales. El pragmatismo político, revelador de las virtudes de declaradas posturas o dispuesto a defender pasiones encontradas, continuó vigente.

Durante el siglo XIX, el llamado “siglo de la historia”, es cuando culmina el perfil netamente político de la historiografía dominante, debido a la importancia que se le asigna en la construcción de la identidad y legitimidad nacionales. Las revoluciones y restauraciones decimonónicas buscaron un nuevo consenso para cimentar sociedades homogéneas y lo hallaron en el fortalecimiento de la idea de nación, entendida como comunidad de hombres que comparten una misma historia y una misma cultura. Derivado de la visión historicista, según la cual la realidad sólo puede ser comprendida en su desarrollo histórico, prosperó el criterio de que las naciones se forman históricamente. Las particularidades nacionales fueron resaltadas en una actitud militante mientras se defendía con ardor romántico el acceso de los pueblos a la soberanía política.

El contexto de la época tuvo una honda repercusión en los estudios históricos, que se vieron fuertemente apoyados por los gobiernos de sus respectivos países. Ya no se trataba, como a principios de la modernidad, de que los historiógrafos fuesen protegidos por determinados príncipes o gobiernos, sino que la profesión histórica obtuvo un declarado reconocimiento oficial e institucional. Las universidades crearon nuevos espacios dedicados a la historia; se fundaron academias especializadas; y los archivos nacionales, considerados monumentos de la legitimidad, se abrieron en todas partes a las investigaciones. Los historiadores se dedicaron a organizar ingentes recopilaciones de fuentes nacionales, y se fundaron publicaciones periódicas como la *Historische Zeitschrift* (1859), la *Revue Historique* (1876), la *Revista Storica Italiana* (1884), la *English Historical Review* (1886), más otras en otros países. Todas focalizaron su atención en la historia de los acontecimientos políticos. Fue entonces cuando quedó consolidada la posición disciplinar de la historiografía, que empezó a llamarse “ciencia histórica”, por estar basada en la confianza de acceder a un conocimiento exhaustivo y objetivo de los hechos mediante la

aplicación de un riguroso método crítico. El fuerte sesgo erudito, vinculado al positivismo, se entrelazó con el énfasis puesto en las operaciones de la comprensión e individuación provenientes del historicismo idealista, dando como resultado un modelo epistemológico que subrayaba los elementos de lo singular y suponía que los acontecimientos son el resultado de la acción intencional, consciente, racional y voluntaria de los actores históricos.

La función abiertamente política de legitimar el poder asumido por la historia explica su resonante éxito. Su papel era claro: al rastrear en el pasado los antecedentes y caracteres individuales de los pueblos, los historiadores se convertían en guardianes de la memoria colectiva y depositarios del saber. Presentaban a las naciones y a los individuos en sus orígenes, relaciones y conflictos internacionales. Los estados pudieron apelar a sus argumentos e interpretaciones para defender sus respectivas causas nacionales. No es casual, como observa Georg Iggers que “en Francia, la profesionalización de la disciplina “historia” haya corrido pareja con la disputa nacional con Alemania y con la legitimación de la Tercera República”.⁴ A esto se sumaba la función pedagógica de los textos históricos destinados a fomentar los sentimientos y las conciencias nacionales, función que convirtió a la historia en el instrumento privilegiado del aprendizaje cívico. También fue utilizada como base de periodizaciones basadas mayormente en hechos políticos, que continúan aplicándose, tales como “el reinado de Pedro el Grande”, “el siglo de Luis XIV”, “la república de Weimar”, “la dictadura de Rosas”, etc.

La creencia en el marco nacional como objeto de estudio orientó a la historia hacia un enfoque predominantemente político-institucional. Basadas en fuentes escritas y oficiales, las eruditas narraciones históricas se concentraron en la vida de los estados como principales unidades concretas, portadoras de grandes acontecimientos protagonizados por las figuras heroicas del pasado. Se ocuparon de las instituciones y otorgaron

⁴ IGGERS, G.: *La ciencia histórica en el Siglo XX. Las tendencias actuales*. Barcelona, Labor, 1995, p. 32.

primacía a la política internacional o exterior y a las luchas por el poder. La historia fue considerada como una sucesión de eventos singulares, específicos y únicos. La concatenación de los acontecimientos fue organizada en su sucesión diacrónica, a lo largo de un tiempo unidimensional y homogéneo, en el que los hechos se hacían comprensibles en función de antecedentes y consecuentes. El curso de la historia humana constituía una unidad continua, equiparada a la evolución de los estados occidentales.

Los estudiosos procuraron hallar en cada época, objetivada en los estados nacionales, las tendencias o “ideas directrices” dominantes. Pensaron que la evolución histórica es producto de las ideas individuales. El estado representaba, tanto en la filosofía de Georg W. Hegel como en la interpretación histórica de Leopold von Ranke, la concentración del poder; era, en términos de Iggers, “el hilo rojo de la historia” y la encarnación de ideas individualizadas.⁵ Ranke encontró el punto de contacto entre la misión del historiador y la del político: la del primero consistente

en poner de manifiesto y hacer comprender la naturaleza del Estado a la luz de los acontecimientos del pasado, y la del político en desarrollarla y perfeccionarla, después de conocerla y comprenderla bien.⁶

De esta manera quedó diseñado un modelo historiográfico que luego fue identificado como “historia política tradicional”. Una historia enfocada hacia los acontecimientos políticos, dedicada, desde el punto de vista epistemológico, a la comprensión e interpretación de las intenciones conscientes que mueven la voluntad de sujetos históricos individuales. La función del actor individual era exagerada por la heroización del personaje, el cual entraba en sintonía con el pueblo o nación. Era una historia de grandes hombres, gobiernos y

⁵ Ibidem, p. 28.

⁶ RANKE, L.: *Sobre las épocas de la Historia Moderna*. Madrid, Editora Nacional, 1984, p. 54.

acontecimientos. Las naciones y los pueblos tenían carácter moralizante y se situaban en el registro político. Promovida fundamentalmente por la escuela crítico-erudita o escuela metódica durante el siglo XIX, continuó su tradicional práctica en la siguiente centuria, aunque visiblemente opacada por la irrupción de otros movimientos historiográficos.

II

Las “nuevas historias científico-sociales” vieron en la historia política tradicional un auténtico contra-modelo del nuevo paradigma que surgió triunfante en el siglo XX. Francois Simiand, en su célebre polémica con Seignobos, polémica que señaló un verdadero hito en la historia de la historiografía, atacó a los llamados “ídolos” de la posición tradicional que era menester derribar: el “ídolo político”, “esa preocupación perpetua por la historia política, por los hechos políticos, por las guerras, etc., que da a esos sucesos una exagerada importancia”; el “ídolo individual”, en otras palabras, el énfasis excesivo puesto en los llamados grandes hombres, de suerte que hasta los estudios de instituciones se presentaban en la forma de “Pontchartrain y el Parlamento de París”, etc.; y por último, el “ídolo cronológico”, a saber, “la costumbre de perderse uno en estudios sobre los orígenes.”⁷

La crítica se sustentaba en una nueva realidad. Es sabido que cada presente genera nuevas motivaciones para entender y explicar el pasado. La tradicional “crónica perfeccionada del estado”, como llegó a definirla Pierre Chaunu, no llegaba a responder a los interrogantes y angustias suscitadas por los vertiginosos cambios sociales, económicos, demográficos y científicos que irrumpieron al despuntar el “breve siglo XX” (en la definición de Eric Hobsbawm, la etapa comprendida entre el estallido de la Primera Guerra Mundial y el fin de la Guerra Fría), cuando ya nada volvió a ser como antes. En el contexto de las motivaciones que presentaba la compleja

⁷ SIMIAND, F.: “Méthode historique et sciences sociales”.En *Revue de Synthèse Historique*, 6, 1903, cit. en BURKE, P.: *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989*. Barcelona, Gedisa, 1993, pp. 18-19.

modernidad contemporánea, la historiografía adquirió un perfil inédito, que puede resumirse como “científico”, por estar basado en un modelo epistemológico fuerte basado en la explicación y la generalización, y “social”, debido a la renovación del objeto primordial de estudio.

Las nuevas tendencias predominantes: el materialismo histórico, la escuela de *Annales* y los historiadores progresistas norteamericanos, cuestionaron el papel central de estado. Trasladaron el foco de atención de la política institucional y del sujeto único hacia el análisis estructural de los fenómenos sociales y económicos, incorporaron a los grupos sociales como principales actores históricos, se ocuparon de la construcción de sistemas y descubrieron vastas tendencias de larga duración. Se produjo, en versión de Miguel Angel Cabrera, una “franca transición desde un paradigma explicativo fundado en el concepto de “sujeto”, a otro fundado en el de “sociedad””.⁸ El proyecto estructuralista acusó de superficial al estudio de gobiernos, prohombres y contingencias, y consideró reductora la causalidad atribuida a las ideas y voluntades de individuos que supuestamente encarnaban los destinos nacionales. Los replanteamientos se hicieron con la mirada puesta en las críticas. La imagen peyorativa trazada de la historia política tal como se venía haciendo, aparecía en las antípodas de los nuevos enunciados:

la historia política es psicológica e ignora los condicionamientos; es elitista, incluso biográfica, e ignora la sociedad global y las masas que la componen; es cualitativa e ignora lo serial; enfoca lo particular e ignora la comparación; es idealista e ignora lo material; es ideológica y no tiene conciencia de serlo; es parcial y no lo sabe tampoco; se apega al consciente e ignora el inconsciente; es puntual e

⁸ CABRERA, M.: *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*. Madrid, Cátedra, 2001, p. 22.

ignora la larga duración; en una palabra,... es “acontecimental”.⁹

Reunía, según la observación de René Rémond, todos los defectos de un género histórico que las nuevas generaciones de historiadores pretendían clausurar.¹⁰

El desapego de los historiadores hacia la temática política, suplantada por la adopción de nuevos e inexplorados derroteros, respondía a un clima intelectual en el que se conjugaban la sociología de Durkheim y sus discípulos, la fuerte influencia del marxismo y el estructuralismo. Las superestructuras, en las que quedaba incluida la política, tenían para los marxistas una importancia relativamente secundaria; la escuela norteamericana de cliometristas se concentraba en el crecimiento económico demostrando sus hipótesis en términos cuantitativos; los historiadores de *Annales* se sumergían en las profundidades de los tiempos lentos, donde el acontecimiento se disuelve. En el nuevo paradigma, los fenómenos políticos, desprovistos de autonomía y realidad propias, fueron percibidos como un “reflejo” de la acción más fundamental de fuerzas económicas, sociales o demográficas. Como en la conocida metáfora braudeliana, quedaban reducidos a la superficial espuma de las olas animadas por el poderoso movimiento de la masa oceánica. Su causalidad comenzó a buscarse en las complejas interrelaciones de los sistemas y las estructuras homogéneas, en las sociedades y las economías. De esta manera la política adquirió una importancia secundaria con relación a la dinámica profunda de los grupos sociales y de las determinaciones desconocidas que motivan el accionar de los sujetos.

Tales impugnaciones hicieron languidecer, aunque no desaparecer, como a veces se ha creído, a la historia política en

⁹ JULLIARD, J.: “La política”. En LE GOFF, J. y NORA, P.(dir.), *Hacer la Historia*, vol. II: *Nuevos Enfoques*. Barcelona, Laia, 1979, p. 237.

¹⁰ RÉMOND, R.(dir.): *Pour une histoire politique*, Paris, 1988, cit. en BALMAND, P. “La renovación de la historia política”. En BOURDÉ, G. y MARTIN, H. *Las Escuelas Históricas*. Madrid, Akal, 1992, p. 253

su forma tradicional, que continuó vigente, coexistiendo con las cada vez más variadas formas de hacer historia. En Inglaterra, por ejemplo, donde la historia política siempre ha ocupado un destacado lugar, los *high political historians*, tales como Jeffrey Elton, Hugh Trevor-Roper o John Kenyon, continuaron elaborando biografías de líderes políticos y estudios sobre partidos y gobiernos con una visión particularizante fundamentada metodológicamente en el valor probatorio de las fuentes de archivo.

Por otra parte, la aspiración hacia el logro de una historia total, una de las principales banderas de lucha de las nuevas tendencias, no excluyó del todo la aspiración de integrar una forma de historia política más actualizada en cuanto al ensanchamiento de su problemática y la aplicación de métodos inéditos. Pascal Balmand ha rastreado los orígenes de una historia política diferente en los albores del siglo XX, cuando los trabajos de Georges Weill sobre el catolicismo liberal anunciaban el peso de los fenómenos ideológicos en la vida política; el mismo Charles Seignobos intuía la existencia de actitudes políticas regionales; André Siegfred inauguraba las investigaciones de la geografía electoral, y Jean Jacques Chevalier bosquejaba un amplio panorama del encadenamiento de las teorías políticas en la historia.¹¹ La contribución de los historiadores de *Annales* está presente en este sutil proceso de reincorporación. De hecho, Marc Bloch, en su estudio sobre *Les Rois Thaumatourges* (1924), dedicado a delimitar el carácter sagrado de un poder soberano capaz de actuar sobre la naturaleza, afirma haber querido contribuir con ello “esencialmente, a la historia política de Europa, en un sentido amplio, en el verdadero sentido de la palabra”.¹² En la última parte de su libro “El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II” Braudel incorporó una historia política, pero procurando liberarla de su carácter meramente acontecimental para vincularla con los niveles de las duraciones coyunturales y

¹¹ BALMAND, P., Op. cit., p. 254.

¹² BLOCH, M.: *Los reyes taumatourgos*. México, Fondo de Cultura Económica, 1988, p. 28.

estructurales. A su vez, reinterpretaciones del marxismo, debidas a filósofos e historiadores como, entre muchos otros, Louis Althusser o Edward Thompson, al admitir la existencia de ciertas “instancias” o “prácticas” autónomas en el terreno de los modos de producción, comenzaron a articular las instancias políticas con el conjunto de las formaciones sociales y anticiparon su importancia.

Sin embargo, la desvalorización de la historia política tradicional se mantuvo en los ámbitos de las “nuevas historias”. Los intentos de integración no lograron impedir que el programa estructural funcionalista procediera a demostrar indiferencia o a radicalizar la crítica y el rechazo con respecto a los hechos políticos. En el cuarto de siglo que siguió a la finalización de la Segunda Guerra Mundial, lo político continuaba siendo, de acuerdo a Francois Dosse, “el punto muerto” del horizonte historiográfico.¹³ Una prueba elocuente de ello, basada en el significado de los silencios, es la ausencia o escasa presencia de la política en las páginas de fundamentales publicaciones periódicas tales como los *Annales* o la británica *Past and Present*.

III

La situación comenzó a revertirse en las proximidades de los años setenta cuando, tal como lo predijo acertadamente Jacques Revel, “la historia entró en una zona de marcadas turbulencias de la cual todavía no salió”.¹⁴ El mundo estaba cambiando y con él la práctica historiográfica. Los supuestos sobre los que operaba la historia científico-social se vieron desactualizados frente a los acontecimientos y las inquietudes de una emergente sociedad postestructuralista que comenzaba a rechazar los idearios universalistas y teleológicos de la modernidad, negaba los esencialismos fundados en la aceptación de las estructuras imperantes, y otorgaba un valor creciente al pluralismo y al individualismo mientras asistía a la

¹³ DOSSE, F.: *La historia en migajas. De “Annales” a la “nueva historia”*. Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1988, p. 263.

¹⁴ REVEL, J.: *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social*. Buenos Aires, Manantial, 2005, p. 14.

irrupción de un desbordante multiculturalismo. La primavera del 68 fue un hito fundamental que puso en evidencia la importancia del voluntarismo político y resaltó la imprevisibilidad del acontecimiento y su dinámica. Más tarde, en los años 1989-91, el colapso del sistema soviético reforzó el escepticismo frente a las utopías en un rechazo deliberado a los determinismos. La idea de la sociedad como una arquitectura integradora resultaba inadecuada en momentos en que se desintegraban imperios y se debilitaba la confianza en el porvenir.

La magnitud de los acontecimientos perturbó los grandes paradigmas funcionalistas. La historia científico social, que había sustentado la aprehensión global de lo social, se vio sometida a una revisión crítica que puso al descubierto una marcada discontinuidad. Al resquebrajarse, las estructuras cedieron el paso a nuevas prácticas historiográficas y a nuevos modelos teóricos. En el campo de los saberes, la deconstrucción epistemológica admitió un concepto de ciencia plural, flexible e historicista, que reemplazó la premisa del determinismo por la de la probabilidad. Las estructuras englobantes y anónimas fueron sustituidas por una percepción del mundo menos coherente, más irregular y discontinua. La pluralidad de las culturas se enfrentó a la noción filosófica de unidad. Las nuevas categorías operativas de multiplicidad, diferencia e identidad se impusieron a los conceptos de estructura y clase social.

Una serie de factores se conjugaron para dar paso a la importancia de lo político. A la crisis y al declive de los determinismos se sumó la creciente politización de situaciones consideradas en otro tiempo apolíticas tales como la demografía, la cultura, la ecología, etc. El estudio de las políticas sectoriales adquirió una importancia ascendente como factor de explicación, en tanto que los medios modernos de comunicación procedían a “politizar” un gran número de eventos destacando su singularidad.

Frente a la causalidad basada en instancias económico-sociales los historiadores comenzaron a valorar los factores mentales y políticos. Se estaba pasando a un nuevo paradigma a través del “retorno a la conciencia”, es decir, de la

rehabilitación de la parte explícita y reflexiva de la acción. Una de las manifestaciones más claras de este cambio fue la centralidad que adquirió la historia política, que fue revalorada junto a la significación del acontecimiento.

En 1974, en la obra colectiva *Faire l'histoire*, considerada en su tiempo como el manifiesto de una original y ecléctica generación de historiadores, Jacques Julliard anunciaba el retorno de la historia política afirmando que “en la actualidad, la ilusión de que se podría hacer desaparecer el universo político sustituyéndolo por aquello que se supone camufla, es una ilusión ya disipada”.¹⁵ Para reforzar sus argumentos Julliard recurría a Raymond Aron, según el cual no había, ni nunca las hubo, razones lógicas o epistemológicas para sostener que el conocimiento de los fenómenos sociales y económicos presenta en sí un carácter más científico que el de los fenómenos políticos.¹⁶

Pero ya no se trataba de un mero retorno a la “vieja” historia política sino del inicio de un complejo proceso de renovación y diversificación que continúa en la actualidad. En la etapa inicial de su reevaluación, tuvo lugar la inserción del acontecimiento político en una historia social de larga duración. Muchos historiadores sociales retomaron el estudio de los fenómenos políticos con inusitadas energías, tendiendo a eliminar la tan mentada oposición entre historiadores políticos y no políticos. La definición de la historia social como historia al margen de la política fue reemplazada por el descubrimiento de los componentes sociales en la política y los elementos políticos en la sociedad. Se afianzaron las relaciones entre instituciones políticas y formaciones sociales, pero, mientras que para la historia social científica la conexión entre estructura social y acción consciente era de determinación unívoca de la segunda por parte de la primera, para la nueva historia política la relación entre ambas pasó a ser de interacción mutua.

¹⁵ JULLIARD, J. Op. cit, p 24

¹⁶ ARON, R.: “Comment l'historien écrit l'épistémologie”. En *Annales*, nov. dic. 1971, p. 1350, cit. en *Ibidem*, p. 239

Apareció en escena una “nueva historia política” que ya no se limitó a la alta política, a los dirigentes y a las élites, sino que optó por analizar las mentalidades políticas y la sociología de las elecciones, o reflexionar sobre el papel de las ideologías en la constitución del campo político. Estudios cada vez más numerosos sobre la opinión pública y la prensa, sobre la práctica del sufragio y la participación activa de diversos sectores de la sociedad, sobre los ámbitos del simbolismo y las representaciones, descubrieron la presencia de una nueva mirada en la observación de los fenómenos políticos. La actitud renovadora asimiló las perspectivas de la larga duración contemplando la temporalidad bajo el ángulo de la permanencia; apeló a la cuantificación al abordar las geografías y conductas electorales; recurrió a la prosopografía como técnica para delinear grupos con rasgos comunes; al análisis de contenido para sondear en distintos escritos el pulso de las opiniones. Atendió a nuevas fuentes de información como, por ejemplo, la literatura y el cine, a los estudios iconográficos o emblemáticos, y se volvió decididamente pluridisciplinar entablando contactos con la politología, la sociología, la psicología social, la lingüística y los estudios culturales. Tanto en Francia como en los Estados Unidos comenzaron a multiplicarse monografías en las que los investigadores se esforzaban por aplicar la cuantificación abordando inicialmente el campo predilecto de la evolución de las conductas electorales en un área geográfica dada. William Aydelotte en *Quantification in History* (1971) y Andrew Bogue en *Clio and the Bitch goddess. Quantification in American Political History* (1983) contaron los votos emitidos en las elecciones y en las actividades parlamentarias. El método de los sondeos retrospectivos había sido utilizado por Jacques Ozouf en *Nous, les maîtres d'école* (1967) al dirigir una encuesta común a veinte mil maestros jubilados sobre su situación y opiniones antes de 1914.

Un papel principal en la redefinición de la historia política le corresponde al famoso historiador René Rémond. Según sus críticos, con su obra *La droite en France de 1815 à nos jours. Continuité et diversité d'une tradition politique* (1954), actualizada y reeditada en 1982 bajo el título *Les droites en*

France, “la historia política rompe definitivamente con la crónica de los acontecimientos y asimila, de golpe, lo mejor de los combates de los *Annales*”.¹⁷ El libro ofrece una visión de larga duración de la historia de las familias políticas durante el siglo XIX hasta llegar al XX. Las diversas tradiciones de la derecha francesa: la derecha orleanista, conservadora y liberal; la derecha legitimista, tradicionalista y reaccionaria; la derecha bonapartista, populista y partidaria de una democracia plebiscitaria, aparecen aquí ligadas a una cultura política. Con esta obra el autor vinculó historia política e historia cultural.

Estimulados por Rémond, se fueron formando núcleos de historiadores de la política que comenzaron a destacarse en instituciones específicamente dedicadas a la temática como la *Université de Paris X-Nanterre*, la *Fondation Nationale de Sciences Politiques*, el *Institut d'Études Politiques* y el *Institut du Temp Présent*. En 1988, bajo la dirección del propio Rémond, fue publicada la obra *Pour une histoire politique*, con aportaciones de Berstein, Rioux, Levillain, Becker, Jeanneney, Sirinelli, Winok, Prost, Coutrot, Milza y Azéma. Constituye un texto emblemático, que reivindica y legitima, mediante un balance prospectivo, las múltiples aportaciones llevadas a cabo por una historia política rejuvenecida. Según Rémond las impugnaciones que se le habían dirigido tuvieron el positivo efecto de alentar ingeniosas iniciativas.

La historia política comenzó a ser objeto de reflexiones teóricas que fueron delineando su nuevo estatuto. Historiadores, filósofos y politólogos comenzaron a demostrar la autonomía de lo político. El redescubrimiento de su importancia denotaba el debilitamiento de los modelos de análisis según los cuales la política constituía un simple reflejo o proyección de las estructuras socioeconómicas. Paul Ricoeur anticipó que la política es una “relación humana irreductible a los conflictos de clase y a las tensiones económicas y sociales de las sociedades”.¹⁸ Se admitió que existen problemas políticos que

¹⁷ BALMAND, P. Op. cit., p. 255

¹⁸ RICOEUR, P.: “La paradoxe politique”. En *Esprit*, mayo 1957, p. 722, cit. en JULLIARD, J., Op. cit., p. 241.

resisten a las modificaciones de la infraestructura y creció la certeza de que la política ya no es un sector separado, un epifenómeno, una derivación funcional de las condiciones sociales, sino que deviene en práctica constituyendo una instancia dinámica, un factor coproductor de la vida de las sociedades.

Susan Pedersen¹⁹ ha observado que una de las razones que favoreció la atención más intensa y sofisticada hacia el estudio de la historia política fue la marcada tendencia que en los últimos veinte años apartó a la historiografía del concepto de clase, tanto como objeto primario de estudio como modelo de explicación. La crítica de las interpretaciones centradas en las clases sociales vino de diferentes direcciones y adquirió diferentes formas: ya sea desde el “giro lingüístico” o por el significado otorgado a otras bases de identificación social como las culturales, intelectuales, relaciones de poder, etc. Muchos historiadores se alejaron de la explicación por clases favoreciendo las interpretaciones que pusieron el acento en los fenómenos políticos y culturales. Es el caso, por ejemplo, de Francois Furet, quien a partir de su obra *Penser la Révolution française* (1978) tomó la senda de la instancia política como la clave más adecuada para entender la sociedad. En su interpretación la dinámica revolucionaria no dependía de las fuerzas sociales sino de una lógica inscrita en el campo propio de la acción política voluntaria. Otro momento decisivo fue la publicación en 1983 por Gareth Stedman Jones de “Rethinking Chartism” en su *Languages of Class: Studies in English Working Class History –1832-1982*, texto que provocó un fuerte debate al oponerse a la idea de que el lenguaje es algo determinado o reflejo de las condiciones sociales. Numerosos historiadores norteamericanos también se mostraron proclives a examinar los debates políticos no como descripciones de clases sociales sino más bien como reveladores de disposiciones estratégicas de sus participantes y de los supuestos culturales que se descubren en la sociedad.

¹⁹ PEDERSEN, S.: “What is Political History Now?” En Cannadine, David (ed.), *What is History Now?*, UK, Palgrave Macmillan, 2004, p. 40.

El postestructuralismo implicó un decidido movimiento de rehabilitación de los actores y la acción humana. Según Roger Chartier hay filosofía del sujeto que sustenta el retorno a lo político.²⁰ Desde el momento en que el mundo social dejó de ser percibido como una estructura holística que se imponía al pensamiento y a la acción de los sujetos, tal como lo presentó el modelo de las ciencias sociales, los historiadores rescataron al individuo atribuyéndole un papel activo en la configuración de la práctica social, sin prescindir por ello de la causalidad social ni optar por un simple voluntarismo individualista. Al respecto, Francois Xavier Guerra²¹ definió una nueva forma de hacer historia política, cuya aspiración es superar tanto la tradicional narración de los grandes hechos protagonizados por los prohombres de los pasados nacionales, que caracterizó a la historia política tradicional, como el análisis socioeconómico, en el que el accionar de los actores quedaba subsumido a la lógica de las estructuras. Para ello Guerra propone el estudio de la política tomando como eje la interacción de los “actores colectivos” no abstractos sino reales. Estos actores reales poseen sus propias formas de legitimidad y autoridad, sus reglas, sus formas de sociabilidad, valores, comportamientos y la conciencia de una pertenencia común. No hay entre ellos homogeneidad y tampoco son comprensibles aisladamente, sino en relación con los demás actores circundantes. Los individuos forman redes de relaciones recíprocas con los otros miembros del grupo y además establecen relaciones con otros conjuntos, mayores o menores. Las redes relacionales constituyen el marco natural que condiciona las estrategias humanas, pero es el hombre, sujeto último de estas relaciones, quien las modifica constantemente. Esta interpretación no impide percibir el impacto de los hombres más destacados, sin olvidar que sus acciones sólo son posibles en la medida en que se apoyen o movilicen a otros actores sociales o colectivos. Según Guerra, a

²⁰ CHARTIER, R.: *Cultura escrita, literatura e historia*. México, Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 244.

²¹ GUERRA, F.: “El renacer de la historia política: razones y propuestas”. En ANDRÉS GALLEGU, J.: *New History, Nouvelle Histoire: hacia una Nueva Historia*. Madrid, Actas, 1993, pp. 221-245.

la nueva historia política le concierne todo lo que constituye y regula los vínculos de los actores sociales, las relaciones de autoridad y subordinación que entre ellos se establecen, así como también la organización de la sociedad.

El campo de la historia política se amplió y diversificó con el paso semántico desde “la” historia política, asimilada a las prácticas tradicionales, hacia la historia de “lo” político, es decir, hacia el hecho político, abarcador y polimorfo, abierto a todas las manifestaciones de la realidad y a las relaciones de poder que en ella se realizan. La sociedad y la cultura pasaron a considerarse como el terreno oportuno de las tomas de decisiones y así los historiadores comenzaron a debatir sobre la “política demográfica”, “la política social”, “la política de la familia”, “la política cultural”, o “la política del lenguaje”. La significación de lo político se extendió a todos los ámbitos y se mostró favorable a la multidisciplinariedad. Según Marcel Gauchet se produjo “el acceso, a través de lo político, a una clave nueva para la arquitectura de la totalidad”.²² Georges Duby y Guy Lardreau en sus famosos *Dialogues* (1980) sostuvieron que la política es el eje o punto de condensación donde confluyen todas las actividades humanas, el campo de las relaciones reguladas de los hombres imposible de ser dejado de lado o tomado como aspecto secundario. Rémond, decidido defensor de la importancia de lo político, argumentó en *Pour une histoire politique* (1988) que “desde la ensanchada perspectiva de una esfera política ampliada a la casi totalidad de los campos de la realidad colectiva, la historia política se ha convertido en una “ciencia de la encrucijada”.²³

En un nivel cada vez más avanzado de renovación, las perspectivas de la historia política se abrieron hacia las direcciones marcadas por el pensamiento postmoderno. La historia se volvió receptiva al criticismo y a las innovaciones aportadas por el “giro lingüístico” así como también a la

²² GAUCHET, M.: “Changement de paradigme dans les sciences sociales”. En *Le Débat*, mayo- agosto 1988, pp. 165-170, cit. en Noiriél, Gerard, *Sur la “crise” de l’histoire*. Paris, Belin, 1966, p.124.

²³ RÉMOND, R., Op. cit., cit. en BALMAND, P., Op .cit., p. 257.

reorientación proporcionada por los estudios culturales. En estrecha vinculación con la nueva historia cultural, entendida como historia cultural de la sociedad, entró en una nueva y productiva fase. Pécout piensa que el encuentro entre la historia política, la antropología y la sociología histórica “no sólo es deseable, sino que es inevitable y estructural en la construcción de una aproximación concebida en términos de aculturación y de socialización política”.²⁴ Los progresos de la antropología dedicados a explorar formas políticas singulares, y la diversificación de la ciencia política, contribuyeron a explicar que el fenómeno político ya no se identifica solamente con la teoría del estado.

Frente al predominio de la nueva historia cultural, historiadores de las más variadas procedencias han hallado lugares comunes en el estudio de la cultura política y el discurso político. Los nuevos historiadores políticos focalizan su interés en la naturaleza del sistema político como expresión de relaciones de poder y en la cultura e ideales políticos. Desplazan su atención desde las estructuras a las prácticas culturales, desde la realidad “objetiva” a las categorías mediante las cuales ésta es recibida, desde la conciencia colectiva a los códigos cognitivos personales. Persuadidos por Michel Foucault sobre la multivalencia de las relaciones de poder, examinan las variadas formas en que son ejercidas la autoridad y la dominación, y las ideas sobre la política que forman parte de la vida cotidiana. Se dedican a evaluar el papel de las representaciones y la efectivización de la dominación política en el terreno simbólico. Consideran que el poder implica relaciones de fuerza simbólicas y que los conflictos entre grupos e individuos no se limitan a relaciones de fuerza económicas y sociales sino que son también luchas entre representaciones en las que está en juego la capacidad de los grupos o individuos para asegurarse el reconocimiento de su identidad.

La nueva historia política ha revelado fuertes conexiones con el constructivismo filosófico al analizar el rol del simbolismo

²⁴ PÉCOUT, G.: “Cómo se escribe la historia de la politización rural”. En *Historia Social*, 29, 1997, p. 91.

y del ritual como expresiones del poder. Una serie de estudios publicados en los años 1990 demuestran la creciente aceptación de la idea de “construcción” o “producción” de la realidad. Peter Burke en *The fabrication of Louis XIV* (1992) ha verificado la ritualización e incluso la teatralización de gran parte de la vida cotidiana del rey. En las presentaciones, comidas, hasta en el diario despertar, Louis XIV se movía en “escenarios” en los que representaba su gran papel. Todo ello contribuía a la creación de una imagen ideal de su persona que se prestaba a mantener el poder de la monarquía. De manera semejante, Richard Wortman en *Scenarios of Power* (1995) presenta el lugar del mito y la ceremonia en la construcción de la monarquía rusa. En *Splendid Monarchy: Power and Pageantry in Modern Japan* (1996) Tajashi Fujitani aborda la invención de la tradición en Japón después de la restauración imperial de 1868. Sugiere que las élites japonesas inventaron, revivieron, manipularon y fomentaron los rituales nacionales como parte de su política para envolver a la gente común en la cultura de la comunidad nacional. Todas estas obras denotan la influencia de teóricos de la cultura tales como el antropólogo Clifford Gertz, el sociólogo Norbert Elias y el lingüista Michail Bakhtin.

Receptivos al “giro lingüístico”, los historiadores de la nueva historia política han habilitado la instancia del discurso como sitio de producción de la realidad y han subrayado la fundamental importancia de la hermenéutica. La cuestión del lenguaje ha sido abordada, según lo expresa Donald Kelley, “en términos de la relación entre texto y contexto”.²⁵ Aquí se ha destacado el movimiento vinculado a la llamada “Escuela de Cambridge”, que reúne a conocidas figuras del pensamiento político como Quentin Skinner, John Pocock o John Dunn.²⁶ Sus

²⁵ KELLEY, D.: “El giro cultural en la investigación histórica”: En OLÁBARRI, I. y CASPISTEGUI, F. *La “nueva” historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, Ed. Complutense, 1996, p. 40.

²⁶ Entre los ensayos más debatidos figuran: POCOCK, J. “The History of Political Thought: A Methodological Enquiry”, en LASLETT, P. y RUNCIMAN, W.G. (eds.). *Philosophy, Politics and Society*, Oxford, 1962, pp. 183-202; DUNN, J.: “The Identity of the History of Ideas”. En *Philosophy*, 43, 1968, pp. 85-104; SKINNER, Q.: “Meaning and Understanding in the History of Ideas”.

indagaciones se encauzan hacia el cambiante lenguaje político con el que las sociedades hablan de ellas mismas. La técnica interpretativa se basa en la idea de que el texto no es algo autónomo o cerrado, portador de cánones universales, sino que siempre se expresa como una respuesta al contexto, a las contingencias inmediatas en el que ha aparecido. A partir de esta noción se plantea como problema principal la "intencionalidad" del autor en cuanto actor, es decir en su intención de "hacer o actuar algo" usando el texto. Para Skinner se llega a interpretar el significado del texto en el momento en que se recupera la fuerza intencional del autor. Pocock, entre otros, insiste en el argumento de que hay múltiples lenguajes que necesitan ser distinguidos examinando textos y contextos.

El proceso de renovación de la historia política ha dado lugar a la ampliación temática y a una nueva conceptualización del objeto de estudio. Por su carácter pionero y esencial, las obras de Maurice Agulhon constituyen una obligada referencia sobre la originalidad de algunas categorías históricas. Agulhon practica una historia política indisociable de la historia socio-cultural y de la antropología histórica. Entre sus conceptos más trabajados figura la "politización del mundo rural", es decir, el proceso de "descenso de la política a las masas", al que concibe como una dinámica que afecta al lenguaje, la relaciones con el poder y las prácticas. La fórmula ilustra el movimiento y las condiciones de aprendizaje de la política y abarca la representación ideológica y cultural del campo. Supera el mero análisis de los comportamientos electorales para explicar las diversas formas de difusión de los mecanismos cívicos y nacionalizadores y la participación de los hombres en la vida pública. En *La République au village. Les populations du Var de la Révolution à la Ile République* (1970) Agulhon describe el proceso de extensión de la ideología y del lenguaje de la Revolución en nuevas regiones y estratos. Asocia el estudio del comportamiento con el de las actitudes en períodos largos,

En *History and Theory*, 8, 1969, pp. 3-53. El trabajo de Skinner fue el que dio lugar a la mayor cantidad de polémicas. Cit. en TUCK, R.: "Historia del pensamiento político". En BURKE, P. (ed.) *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Universidad, 1994, pp. 240-254.

amplía el horizonte de la estrategia partidista a las formas de movilización cívica y analiza las ideologías para aprehender el proceso de socialización política o politización. Esta línea ha sido seguida por historiadores franceses entre los que figuran Philippe Virgier, Roger Dupuy, Raymond Huard. Por su parte el modelo americano de politización, construido por Peter McPhee, Judith Silver, Suzanne Berger, pone el acento en la relación entre la politización y la integración nacional.²⁷

Otra categoría que se ha extendido a un buen número de países europeos y americanos es la de “sociabilidad”, es decir, el estudio de las diferentes formas de congregarse que tienen los hombres. Agulhon trabajó intensamente en el análisis de las formas y los espacios de la sociabilidad a la que considera inseparable de la política. Ya en 1966 había publicado *La sociabilité méridionale* donde analiza la etapa final del Antiguo Régimen bajo el prisma de las asociaciones. La obra representó el punto de partida de un tema con sugestivas posibilidades para la investigación. Las redes de sociabilidad política urbanas y rurales han sido reconsideradas por autores como Jean Boutier, Philippe Boutry, Raymond Huard, Xavier Guerra.

Agulhon ha explorado también otras importantes líneas de investigación, inspiradas en las innovaciones de la historia cultural, como la imaginería y el simbolismo republicanos en Francia. Los símbolos han acompañado siempre los combates políticos, como lo demuestra, por ejemplo, la significación del gorro frigio. En un singular aporte, en *Marianne au combat. L'imagerie et la symbolique républicaines de 1789 à 1880* (1979), Agulhon ha procedido a interpretar la representación republicana en la figura de mujer.

Cabe agregar que los historiadores del género hicieron su propio giro político contribuyendo a un entendimiento más

²⁷ Según Pécout en este terreno hace falta “decir adiós a las definiciones iniciales, cómodas y retóricas, y aceptar que los conceptos se van desvelando en la medida de las aportaciones y las insuficiencias del procedimiento adoptado. En estas condiciones, no sorprenderá la coexistencia de varios modelos de politización enunciados *a posteriori* y obtenidos de numerosos estudios de casos”. PÉCOUT, G., Op. cit., p. 91.

sofisticado de la realidad. Los estudios sobre el género, luego de estar unidos al tema de las clases sociales, han pasado a la investigación de las relaciones femeninas con las políticas aristocráticas, liberales o radicales, o para demostrar su importancia en los movimientos políticos y las legitimaciones del poder. Buscan afinidades entre los ideales particulares del género y las creencias o formas políticas. Existe una abundante bibliografía representativa de esta orientación. Un trabajo pionero, que aborda la participación femenina en las políticas radicales es el de Bárbara Taylor, *Eve and the New Jerusalem: Socialism and Feminism in the Nineteenth Century* (1983); sobre la acción de las mujeres aristocráticas es básica la obra de K.D. Reynolds titulada *Aristocratic women and Political Society in Victorian Britain* (1998). Existe además un creciente interés orientado hacia el estudio de la presencia femenina en los parlamentos y en la política internacional del siglo XX.

IV

La conexión de los estudios históricos con el “giro cultural” y el “giro lingüístico” se tradujo en la pluralidad temática y en la fragmentación de perspectivas y métodos. Compenetrados con el postestructuralismo, los historiadores se esforzaron por captar la variedad e identidad de las culturas y creencias políticas e interpretar las acciones y redes establecidas por los actores reales. Mediante los contactos interdisciplinarios la nueva historia política fue extendiendo sus metas y adquirió un aspecto cada vez más diversificado.

Pero la historia de la historiografía nunca se detiene, y es así como en los últimos años se está llevando a cabo un nuevo y visible proceso de adaptación. El fenómeno contemporáneo de la globalización, que abarca todos los niveles de la realidad, está generando un incipiente paradigma historiográfico al que se pretende adecuar para explicar el mundo en una escala de observación planetaria. Su elaboración responde a la necesidad de obtener un pensamiento crítico capaz de enfrentar intelectualmente los problemas suscitados por la “sociedad global”, definida como un nuevo tipo histórico. La complejidad de las causas internacionales y los conflictos de orden mundial

superan y contextualizan las tradiciones históricas locales o nacionales reivindicando la necesidad de explicaciones totalizadoras. Las organizaciones transnacionales o supranacionales; los sistemas mundiales, cuyo estudio fue anticipado en la obra de Emmanuel Wallerstein, *The modern World System* (1974); los nuevos movimientos sociales representados por el feminismo, ecologismo o pacifismo; el terrorismo internacional, las historias continentales e intercontinentales; en fin, todos los hechos que acaparan la atención del hombre en este momento, se están convirtiendo en núcleos temáticos que requieren tanto el conocimiento de sus formas anteriores como de una orientación con respecto a las expectativas de las sociedades futuras.

La historiografía de la globalización, aún en ciernes, conlleva implicaciones epistemológicas, ya que supone un modelo amplio y sintético de explicación del mundo en su conjunto, y cambios metodológicos. En el plano metodológico requiere estudios sincrónicos y comparativos en los que se incluyen las nuevas versiones de la *Connected History*, el estudio de las transferencias y la "historia cruzada"²⁸, procedimientos todos cuyo común denominador consiste en poner el acento en las interacciones y los modos relacionales.

Las actuales dificultades de la situación política a nivel global han despertado también un renovado interés por la temática más acotada del poder imperial, en la que se ha sumergido con entusiasmo la historia política. La historia imperial, cercana aunque no identificada con la historia global, se está convirtiendo en una de las formas más estimulantes de la historiografía contemporánea. Si bien constituye un objetivo ideal para ser enfocado desde diversas disciplinas y subdisciplinas, se ha vuelto cada vez más "politizada" a raíz de las controversias que despierta. Recurre a la interdisciplinariedad, y la centralidad política le sirve de base para la recombinación de diversos enfoques. Requiere un marco analítico amplio que le permite identificar en los diferentes

²⁸ Cf. WERNER, M. y ZIMMERMANN, B. "Penser l'histoire croisée: entre empire et réflexivité". En *Annales, Histoire, Sciences Sociales*, 1, enero-febrero 2003, pp.7-36.

imperios, tanto pasados como presentes, formas omnipresentes y persistentes de poder. Ubica su temática en las largas duraciones y adopta la perspectiva comparativa y demás procedimientos mencionados como peculiares de la historia global. Según Linda Colley su “quintaesencia se encuentra en la llamada noción de *connexity*”²⁹, lo cual supone la disposición para investigar las muchas veces paradójicas conexiones que se establecen entre diferentes territorios y pueblos a través del tiempo. La visión totalizadora que adopta no le impide enfatizar la diversidad de los elementos que forman parte de los sistemas, ya sean etnias, religiones o prácticas culturales. La combinación de los contextos abarcadores con las singularidades involucradas en mantener su vigencia o en lograr rupturas y transformaciones convierte a esta nueva versión de la historia política en una promisorio área de síntesis, en la cual, según la opinión de Pedersen, la “interpretación estructural podría unirse con la atención puesta en las diversas culturas políticas”.³⁰

A manera de conclusión podemos afirmar que la historia política está floreciendo y al parecer se practica desde los más diversos campos del conocimiento. Con creciente asiduidad se está hablando de un “giro político” en los estudios históricos contemporáneos. Historia ancestral y maleable, su versatilidad la convierte en una historia apenas definida, resistente tanto al puro empirismo como a la modelización definitiva.

Considerada primordial durante siglos, la historia política es un ejemplo de combinación entre la continuidad y las discontinuidades. Desconsiderada y criticada por las tendencias científico-sociales del siglo XX, más tarde redimida por esas mismas tendencias, puesta en un escenario nuevo por el postmodernismo y por el giro cultural, involucrada en las aspiraciones de la historia imperial ligada al actual proceso de globalización, la historia política ha sido objeto de vehementes

²⁹ COLLEY, L.: “What is Imperial History Now?”. En CANNADINE, D., Op. cit., pp. 132-14

³⁰ PEDERSEN, S. Op. cit., p. 51

reconstrucciones que testimonian su permanente vínculo con los avatares de la realidad. A través de cuestionarios renovados, contactos multidisciplinares y permeabilidad metodológica, se caracteriza por la variedad de sus recorridos y la constante disposición a la actualización.

No es una historia homogénea pero las antiguas antinomias se están borrando. Junto a las corrientes de avanzada persisten las modalidades tradicionales en un estado de convivencia que ya no suscita mayores alteraciones. Y es que en el campo de la historiografía prevalece la retórica de la reconciliación y la síntesis. Existe una recíproca relación entre las condiciones globales o las competencias entre estados y las historias particulares y las actitudes de los actores reales. El proceso político y los modos en que dicho proceso está influido por y mediante los individuos, sólo puede ser enteramente comprendido si se tienen en cuenta las estructuras estatales e institucionales, así como el liderazgo político y las ideas. Es por ello que la posibilidad de llegar a una síntesis, de relacionar lo local con lo global, y lo individual con lo institucional se está convirtiendo en un tema urgente. Como lo ha dicho desde la literatura Paul Jimenes, “el verdadero pensamiento es un pensamiento global y complejo a la vez. Un pensamiento que aprehende el mundo en su totalidad y en sus particularidades”.³¹ Estas aspiraciones nos remiten, a la ya clásica definición de Réne Rémond sobre la historia política como “ciencia de la encrucijada”.

Bibliografía

ARON, R.: “Comment l'historien écrit l'épistémologie”. En *Annales*, nov. dic. 1971.

BLOCH, M.: *Los reyes taumaturgos*. México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

BOURDÉ, G. y MARTIN, H. *Las Escuelas Históricas*. Madrid, Akal, 1992.

³¹ JIMENES, P.: *La conquista de Polonia*, Barcelona, CIRCE, 2006, p. 170

La historia política

BURKE, P. (ed.) *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Universidad, 1994.

BURKE, P.: *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989*. Barcelona, Gedisa, 1993.

CABRERA, M.: *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*. Madrid, Cátedra, 2001.

CARBONELL, Ch.: *La historiografía*. México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

CHARTIER, R.: *Cultura escrita, literatura e historia*. México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

CHÂTELET, F.: *El nacimiento de la historia. La formación del pensamiento historiador en Grecia*. Madrid, Siglo XXI, 1978, vol. I.

CANNADINE, D., (ed.), *What is History Now?*, UK, Palgrave Macmillan, 2004.

DOSSE, F.: *La historia en migajas. De "Annales" a la "nueva historia"*. Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1988.

ANDRÉS GALLEGO, J. *New History, Nouvelle Histoire: hacia una Nueva Historia*. Madrid, Actas, 1993.

IGGERS, G.: *La ciencia histórica en el Siglo XX. Las tendencias actuales*. Barcelona, Labor, 1995.

JIMENES, P.: *La conquista de Polonia*, Barcelona, CIRCE, 2006.

LE GOFF, J. y NORA, P.(dir.), *Hacer la Historia*, vol. II: *Nuevos Enfoques*. Barcelona, Laia, 1979.

OLÁBARRI, I. y CASPISTEGUI, F. *La "nueva" historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, Ed. Complutense, 1996.

MOMIGLIANO, A.: *La historiografía griega*. Barcelona, Crítica, 1984.

NOIRIEL, G., *Sur la "crise" de l'histoire*. Paris, Belin, 1966.

PÉCOUT, G.: "Cómo se escribe la historia de la politización rural". En *Historia Social*, 29, 1997.

RANKE, L.: *Sobre las épocas de la Historia Moderna*. Madrid, Editora Nacional, 1984.

RÉMOND, R.(dir.): *Pour une histoire politique*, Paris, 1988, cit. en BALMAND, P. "La renovación de la historia política".

REVEL, J.: *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social*. Buenos Aires, Manantial, 2005.

RICOEUR, P.: "La paradoxe politique". En *Esprit*, mayo 1957.

BURKE, P. (ed.) *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Universidad, 1994.

WERNER, M. y ZIMMERMANN, B. "Penser l'histoire croisée: entre empirie et réflexivité". En *Annales, Histoire, Sciences Sociales*, 1, enero-febrero 2003.